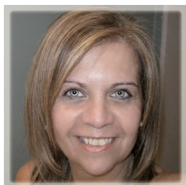


EL SECRETO DEL MOLINO

UNA OBRA DE MOLINO GUIDO
POR RAQUEL SILVETTI



PRODUCCIÓN QUASAR CREATIVOS
ILUSTRACIONES CAROLINA DE MARCO



Mi nombre es Raquel Silvetti, nací el 12 de diciembre de 1959 en Montevideo. Desde niña me gustaba escribir, mi maestra de 2° año se dio cuenta y me ayudó a buscar mi camino. Cuando nacieron mis hijos, Álvaro, Natalia y Diego, comencé a escribir para ellos, me convertí en escritora y en narradora oral escénica o cuenta cuentos, es lo mismo. También soy educadora inicial desde hace ya... bueno, mucho tiempo. Llevo escritos 25 cuentos. "El árbol mentiroso" ha recorrido las escuelas de todo el país. Actualmente trabajo en la Biblioteca Nacional como Coordinadora del Área Infantil, esto me permite viajar por las escuelas rurales más lejanas del país contando mis cuentos. Me fascinó escribir "El secreto del Molino", fue todo un lindo desafío, espero les guste tanto como un sabroso y crocante orillo de fainá.

El Secreto del Molino

Por Raquel Silvetti

Ilustraciones Carolina De Marco

Idea original:

índice

El encuentro	9
La llegada de tía Mecha	17
Convenciendo a Miguel	23
Los recuerdos de tía Mecha	29
Un verdadero acertijo	31
En víspera de la aventura	33
El gran pasadizo	47
Javi y Nico “fainaseros”	55
Los hermanos Guido	61
El secreto del conjuro	67
El gran día	71

Contar casi 100 años de historia en una aventura que llegue a niños y familias uruguayas de una tradición como es la del fainá, producto introducido en 1915 por los hermanos Guido, ha sido nuestro desafío.

Este cuento pretende acercar a las nuevas generaciones pequeños grandes valores donde la familia, el compartir, la alimentación saludable, hacen a la historia transformándola en una mágica aventura. Desde nuestra empresa Molino Guido, pioneros en fainá desde 1915, tenemos el gusto de compartir con la familias uruguayas; llevando el rico sabor del fainá para disfrutar en familia y con amigos. Este año, a través de este libro, pretendemos llegar a más de 100 escuelas en todo el país, buscando fortalecer esta tradición. El secreto del Molino estará presente en varias bibliotecas, su versión digital estará colgada en nuestra web www.molinoguido.com.uy y se difundirá en las redes sociales hablándole a más de 7000 fans que hoy son parte de nuestra comunidad. Esperamos que disfruten del sabor de esta historia tanto como nosotros.

Gracias a todos por estos casi 100 años de historia que juntos construimos.

Mariana Mariño
Gerente General de Molino Guido.

Esta es una obra de: Molino Guido
Producción General Quasar Creativos: www.quasarcreativos.com.uy
Texto original: Raquel Silvetti
Ilustraciones: Carolina De Marco/ <http://thebackpacker.wix.com/ilustracion>
Impresión Gráfica Mosca D.L. 361519
Este material es de distribución gratuita MOLINO GUIDO © 2013 –
Todos los derechos reservados. Prohibida su copia o venta.
www.molinoguido.com.uy / General Flores 3127 – Tel.: 2203 5247*



Capítulo I

El encuentro

–¡Chist, chist! Sordos, hace dos cuadras que los venimos llamando.

–Uy... sonamos, son Leti y Nati, yo me hago el distraído y cruzo para la otra vereda– dijo Nico. Pero fue demasiado tarde, las dos estaban en medio de Javi y Nico, ellas también eran compañeras de la escuela.

–¿Qué contás, nena, qué casualidad verte después del partido, no?– dijo Javi, dándole un empujón a su amigo.

–Nosotras venimos siempre para darle fuerza al equipo, ¿verdad Nati... ? Nati... ¡Natalia! Pero Nati estaba embobada mirando a Nico que ni la hora le daba.

–Ah... sí, claro, le damos fuerza al equipo, aunque hoy creo que no le dimos mucha– dijo con cara burlona.

A Nico le estaban por explotar los cachetes, si parecía que le salía humo por las orejas.

–Bueno, no sé ustedes, pero tengo que pasar a buscar a mi hermana a un cumpleaños, así que... chau...nos vemos o no... en lo posible– murmuró Nico.

–Escuché lo que dijiste Nico, no te olvides de que no le dije a la maestra que el trabajo de ciencia lo hice yo por vos– le gritó Leti casi en la oreja.

–Qué buchona, nena, apenas si miré un poquito tu cuaderno.

–Voy para el mismo lado, mi hermanito también está en el cumpleaños de Flavia– dijo Nati cruzando muy rápido con Nico.

–Y vos, Javi, ¿también tenés que ir para el cumpleaños?

–No, no... mi hermana es más grande, ya va al liceo. Pero nena, si ya sabés porque tu hermano se quiere ennoviar con ella. ¡Si lo pesca mi padre! Más vale que empiece a correr desde ahora...

–Era para ver qué decías, entonces...
vamos para el mismo lado.

Nico desde la otra vereda le hacía señas a Javi para que lo llamara por el celular.

Pero Javi decidió enviarle un mensaje: “este viernes no zafamos de ellas, usar código “faináfainá”, en última instancia “Guido ganó”. Inmediatamente Nico respondió: “¡Javi, no me acuerdo de los códigos!”.

Pero Javi había tomado el ómnibus con Leti y no lo escuchó, estaba deseando llegar a su casa ya que llegaba la tía Mecha desde Tacuarembó. Esas tías que se meten en cuanta aventura hay, misteriosa, jovial, según sus sobrinos “regrossa”.

Nico esperó la respuesta de Javi las quince cuabras que tuvo que soportar a Nati hablándole, cuando las respuestas de él siempre fueron: “Obvio”.

Nadie podía suponer que la llegada de tía Mecha iba a traer tanto jolgorio a toda la familia.



Capítulo II

La llegada de tía Mecha

Javi despidió lo más rápido que pudo a Leti, en verdad se bajó dos paradas antes mientras por la ventanilla ella le gritaba: “Ya sé que viene tu tía Mecha, se lo dijo tu madre a la mía”.

Esto quería decir: “No se escapan de nosotras en lo que sea”. La tía Mecha venía de visita dos o tres veces al año, siempre se quedaba en casa de Javi, donde también vivían sus dos abuelos, y era hermana de su mamá.

En todo lo que la mamá de Javi decía un “nooooooooooooo”, tía Mecha decía “dale que no pasa nada”.

–Llegué... – dijo Javi, revoloteando la mochila hasta embocarla en la silla– qué rico olorcito a torta de manzanas.

–Ni te atrevas a tocarla, caminá enseguida a ducharte que el jabón te está esperando

–respondió su madre desde la cocina– y dejá las medias en una bolsa cerrada por favor Javi, parece que tenés un zorrillo en los pies.
Javi se llevó al baño el celular y vio el mensaje de Nico.

–Noooooooooooo... es un salamín, otra vez a explicarle...

–¿Con quién hablás, nene? Apurate que va a llegar la tía Mecha– dijo su abuela, que era medio sorda...cuando quería.

–“Faináfainá” - peligro no hablar. “Guido ganó” - no hay moros en la costa, cambio y fuera. Javi, el invencible– respondió rápidamente. Pronto se escuchó un gran alboroto en la casa, los perros ladrando, risas, sí, ya había llegado la tía Mecha. Algo se colgó al cuello de la recién llegada y cayó de espaldas, mientras los perros saltaban y le daban lengüetazos.

–Pirata traidor, te vengaste de la última vez que te dejé solo en la cueva de los murciélagos, jajaja.

–Javi, que vas a desarmar a tu tía, hacé el favor de comportarte un poco bien– rezongó la madre mientras trataba de sacarlo de encima.

–Dejalo Silvia, dale que no pasa nada... ya me voy a ocupar de él.

–Ayudá a subir las valijas de Mecha, bueno, los baúles.
¿Qué traes ahí?– se rió el padre de Javi.

–Ahhhh... ¿no decís que las cuñadas somos medio brujas? La escoba la dejé afuera pero lo demás...

–¿Venías comiendo fainá por el camino, Mecha? Sos increíble– dijo su hermana.

–Uhhmm... vos porque no le hacés caso a papá, mirá cómo estamos los dos, ni un resfrío. Mientras tanto Javi aprovechó a enviarle un mensaje a Nico “Guido ganó”.

Esperó un rato la respuesta, mientras seguía todo el mundo alrededor de la tía Mecha.

–Tía Mecha... justo te estaba esperando – dijo Catalina, la hermana mayor de Javi–. Tenés que convencer a papá para que hoy me deje ir al baile.

–A ver, a ver, joven ¿cuál es el motivo por el que mi buen cuñado no quiere que vayas? Shhhhh... no me digas nada. Hacemos una cosa, invitá al chico esta noche a comer con nosotros, sabés que está toda la familia y ahí... actúa tía Mecha.

Cuando tía Mecha llegaba, todo el barrio se enteraba, no sólo por el alboroto; ella y su hermana habían nacido en esa casa. Eran una de las pocas familias que seguían viviendo en el mismo lugar.

La casa estaba reformada, había sido comprada por sus abuelos al venir de Italia.

–Tía Mecha, tía Mecha, en unos días vamos a...

–¡Shhhhhhhh! No seas boca abierta, Javi, nadie se puede enterar. Supongo que no le habrás dicho a Nico, la última vez se quedó trancado en una abertura. ¿Sigue comiendo esas cosas saladas de bolsita?

–No puedo decirle que no, tía, es mi mejor amigo, prometió no llevar nada de eso, es medio ardilla, jajaja.

–¿Quién rompió una silla?– dijo la abuela. Tía y sobrino se miraron y no pudieron evitar una carcajada.

Entre una cosa y otra, se hizo la noche. Todos se acomodaron alrededor de la mesa mientras la mamá de Javi llamaba a la pizzería Las Flores para encargarse como cada viernes una rica pizza con fainá.



Capítulo III

Convenciendo a Miguel

Tía Mecha sacó el tema de su sobrina Catalina, ya que estaba en la cena Matías, hermano de Leti.

–Así que hoy hay un baile... qué bueno, me imagino que van a ir, ¿no Cata?

Todas las miradas se dirigieron a Miguel, el padre de Cata, pero él estaba fascinado comiendo el orillito crocante del fainá, si hasta cerraba los ojos murmurando “bocato di cardenale”.

–Eh... cuñado– dijo palmeándole la espalda–, ¡despertate!

–Qué, baile ni baile, Cata tiene que estudiar, todavía no salvó matemáticas del año pasado.

–Pero pa... por favor, hoy igual no voy a estudiar,

Matías me está ayudando a preparar la materia.

–Que Matías... ¿lo qué? No Cata, cuando digo no, es no.

–Che... no seas aguafiestas, ¿te acordás cómo conociste a Silvia y quién convenció a mi padre?... yo. Dale que no pasa nada– se rió tía Mecha.

La mirada implorante de Cata, el susto de Matías, el aguante de risa de Javi y toda la familia mirando a Miguel, hizo que asintiera con la cabeza para que lo dejaran cenar tranquilo, sabía que con Mecha no iba a poder. Cata le dio un besote a su tía y un: “Volvemos tempranito pa, te lo prometo”, portazo de por medio.

–Cuñado ¿te acordás que después del baile nos fuimos todos a comer pizza y fainá a la pizzería Las Flores?

–Sí que me acuerdo, y terminé casándome con tu hermana unos años después. Pero Cata todavía es muy chica para esas cosas.

Mientras seguían con la conversación, Javi

sintió que alguien tiraba piedritas en la ventana... Al asomarse era Nico acompañado de Nati.

Los ojos de Javi se desorbitaron y la cara de “qué es esto” no pudo evitarla. Iba a salir rápido de la casa cuando una mano lo detuvo en la puerta.

–Y vos... ¿a dónde crees que vas a esta hora? –preguntó su mamá.

–Nico está en la puerta, parece que se olvidó algo en mi mochila, vengo enseguida.

–Hola... ¿no existe el celular, nene?– dijo Javi casi sin abrir la boca, o sea, entre dientes. Nico levantó los hombros y señaló a Nati.

–Me lo prestó para llamar a Leti que ya viene para acá, qué bueno, ¿no? Javi movió su dedo índice haciendo una seña a Nico para que se acercara...

–Vos estás loco, ¿te vino algún tipo de virus o qué? ¿Querés que se enteren de nuestros códigos? Además ninguna de ellas podía estar hoy; justo que vino mi tía Mecha.

–¿Llegué a tiempo?– preguntó Leti sofocada.

–Sí, a tiempo de dar la vuelta para volver por donde viniste, no sé qué hacen acá las dos, tenemos planes con Nico pero no son para mujeres– dijo Javi mirando de cerca a Leti.

Tía Mecha salió a ver por qué demoraba tanto su sobrino en una noche tan fría de invierno.

–Hola Nico, ¿qué tal chiquilinas? ¿Dando una vueltita por el barrio?

–¡Tía Mecha!– gritaron las dos mientras le saltaban alrededor.

–Jajaja che, cómo han crecido, espero que Javi les haya informado de lo que vamos a hacer en estos días por la noche.

–Tía Mecha... ¿pero ellas también?... no seas...

–Javi, Leti te sacó de un gran apuro el año pasado ¿te acordás? Además, no pasa nada, eso sí ahora mismo hacemos nuestro juramento.

Los cinco pusieron las manos una encima de la otra, haciendo un poco de entrevero porque

los chiquilines no querían tener sobre ellos la mano de ninguna chica, hasta que la mirada de tía Mecha puso todo en orden...

–“El viento, la tierra, el sol y la luna coronarán nuestra nueva aventura”– todos repitieron el lema de tía Mecha.

–Mañana Javi les va a dar unas indicaciones que van a estar en acertijos, si no lo descifran no van a poder ir. Tenemos que pensar en nuestra seguridad.

Javi y Nico no pudieron evitar cruzar los dedos para que Nati y Leti no adivinaran.

–Ah... miren que soy la única que sabe perfectamente cómo es– dijo tía Mecha, mirando a su sobrino. Lo cual quería decir: “Nada de cambios”.

La luna en el cielo parecía estar escuchando, porque de pronto creció tanto que iluminaba todo el barrio. Estaba misteriosa como cuando en la última aventura vieron la silueta del gigante guardián del molino...



Capítulo IV

Los recuerdos de tía Mecha

Tía Mecha se levantaba muy temprano, aun los sábados, cosa que compartía con algunos integrantes de la familia, por supuesto que no con sus sobrinos.

–¿Ya tomando mate, Mecha?– preguntó Miguel.

–Sí, cuñado, y hasta traje los bizcochos calentitos de la panadería. Ah... quedate tranquilo que Cata vino temprano anoche. La casa traía muchos recuerdos, en cada rincón había una historia de una vida compartida en familia.

–Miguel, ¿te acordás cómo nos reuníamos todos los viernes para comer pizza y fainá? Vos todavía eras el novio de Silvia.

–Sí, claro que me acuerdo, también de las historias que contaba tu padre sobre la familia Guido. A veces pienso en el molino y creo verlo.

–Sí, todos nos quedábamos con ganas de escuchar más, no te olvides que mis abuelos vinieron de Liguria junto con la familia Guido. Creo que mi padre también fue inventando historias sobre el antiguo molino donde trabajó en su juventud.

–Si hay algo que nos queda de aquellos tiempos es la tradición de reunirnos los viernes en la pizzería Las Flores.

A veces vienen también Marisa y Pablo, los padres de Leti y Matías– comentó Miguel.

Entre mate y mate, también llegó el abuelo que había ido a la feria del Parque Rodó como todos los sábados para ver qué chuchería podía comprar.

–Papá... no escuché cuando te levantaste ¿dormiste afuera? Jajaja.

–Mecha, pasé a tu lado y no me viste, estabas distraída mirando no sé qué cosa de tu famoso libro secreto. Seguí de aventurera como cuando eras chica –dijo el abuelo sonriendo.

–Tengo a quien salir, ¿no, señor Donatto?– respondió Mecha abrazando a su padre.

–Buenos días, gente– dijo Javi tomando un bizcocho.

–¿Te caíste de la cama? Los sábados no amanecés a esta hora. Lo que puede tu tía... quién sabe en qué andarán– dijo la madre, que venía con la hermanita menor.

Tía y sobrino se miraron mientras sorprendidos vieron por la ventana que Nico saltaba el murito de la casa.



Capítulo v

Un verdadero acertijo

Nico estuvo compartiendo el desayuno, hasta que Javi le pegó en la mano para que soltara un bizcocho.

–Nene... tenemos que hablar, tía Mecha anoche me dio unos planos para que les demos a las chiquilinas, ¡están regrossos!

–Pero todavía no sabemos a dónde vamos. ¿Cómo les digo a mis padres? ¿Será como la última vez? Mirá que no me llevo bien con los murciélagos...

–¡Faináfainá!–dijo Javi.

–No, estás loco, es riquísimo pero recién desayuné y...

–Hola chiquilines, me llamó tía Mecha que tenía algo para Nati y para mí– dijo Leti, poniendo la bici contra el muro.

–Sí... a ver si pueden descifrar estos planos, si no... lo lamento, no pueden venir.

Leti le sacó rápidamente los planos, los miró de arriba abajo y muy segura dijo:

–Obvio... en la tarde te cuento.

Y levantando la mano para saludar gritó: “Guido ganó”.

–No, no, no... decime que es una broma. ¿Le diste los códigos, Nico?– preguntó Javi agarrándose la cabeza.

–Y bueno... después de todo, ellas lo tienen que saber si van a estar de nuevo con nosotros. Además, Nati insistió.

–¿Y, muchachos, en qué andan? Vi que le dieron los planos a Leti, seguro que los adivina enseguida. Porque ustedes ya los descifraron, ¿no? Los dos amigos se miraron y zambulleron la mirada en los papeles.

–Me imagino que nos vas a dar una pista, tía Mecha, soy tu sobrino.

–Justamente... ¡no! Sos un descendiente de Donatto, la aventura empieza por adivinar, no es tan difícil.

–Esta noche los quiero a los cuatro en el lugar indicado.

–Pero tía...

–Dale vago, mirá tengo un mensaje en el celular de Leti, a ver. “Hola tía Mechi, con Nati ya desciframos el plano, a las 22.00 estamos en el lugar indicado, besos”.

–Bueno, creo que sólo vamos las mujeres. Jajaja.

El día fue pasando como quien no quiere la cosa, Javi y Nico se morían por llamar a las chiquilinas para preguntarles algo.

–A ver... tiene símbolos, números, letras desordenadas en círculo, una especie de Quijote, un reloj de arena, un payaso con una “e” en la mano. Detrás dice: “Si siguen al payaso el tiempo se detendrá a las 22.00 horas”.

–Ya está, ya está ¡cabezón!– gritó Javi– El lugar es frente al salón de fiestas donde llevaste a tu hermana, tiene un payaso en la entrada con una “e” en la mano.

–Sí, pero ¿el Quijote? Por acá no hay ninguna estatua del Quijote, sólo vi una en una biblioteca.

–Lo dimos en la escuela, ¿de qué se trataba

el Quijote?– dijo Javi, haciendo anotaciones.

–Que tenía un amigo Sancho Panza y...

–¡Nooooooo! Creía que los molinos eran caballeros, ¿no te acordás? Esto tiene que ver con un molino, me la juego que sí.

–Ah... –dijo Nico mientras comía algo salado de una bolsita.

–En vez de comer eso que te va a hacer mal como la otra vez, ¿por qué no usas un poco el cerebro? A ver, las letras y los números ¿qué significan?

–Bueno... a ver... tiene una: o.n.i.l.o.m.o.d.i.u.
g.o.t.s.o.g.a...

–¿De qué vive hablando mi abuelo, Nico?

–De las jubilaciones...

–Del molino de los hermanos Guido, él trabajó ahí de joven.

Nico seguía dando vuelta el papel de un lado para otro pero no encontraba ninguna semejanza con nada.

–Mirá... vamos a probar algo muy simple, empezá a leer de atrás hacia adelante.

Los dos amigos se miraron con gran entusiasmo y al mismo tiempo leyeron:

–¡“Agosto Guido molino”! Éste es el lugar adonde vamos a ir. En agosto fue la inauguración del Molino Guido ¿Te das cuenta?

–Sí... y el lugar de encuentro es a las 22.00 en el salón de fiestas. Ahora entiendo lo del Quijote, claro... Quijote, molino. Pero hay algo que no me cierra, ¿el reloj de arena para qué?

–Ya era demasiado usar las neuronas, eso significa que vamos a viajar en el tiempo. Hay que apurarse, faltan dos horas para las 22.00. Supongo que ya tendrás pronto el equipo de supervivencia, ¿no?– preguntó Javi mirando hacia la ventana del dormitorio de su tía Mecha.

–Sí, por supuesto, linternas, agua... todo lo de un buen boyscout.

Tía Mecha les hizo señas para que entraran desde su ventana.

–Bueno, veo por sus caras que ya descifraron el plano, cada uno va a llevar en su mochila esta ropa que les voy a dar. Ya les dije a sus padres que viajamos a Piriápolis por el fin de semana. También hablé con los padres de las chiquilinas.

–Tía, no dijiste para qué vamos al viejo molino Guido y cómo– preguntó Javi mirando la enorme mochila de su tía.

–Se los voy a decir cuando estemos todos juntos, pero es algo que podría cambiar la historia si no llegamos a tiempo.

–Ups... algo así como viajar en el tiempo como una peli que vi, ¿es eso?– se inquietó Nico.

–Algo así... no lleven mucha ropa, con lo que les doy es suficiente. Tomen el pañuelo rojo, camisa blanca y este gorro. En una hora nos encontramos en el lugar indicado.

–¿No vamos juntos, tía Mecha?

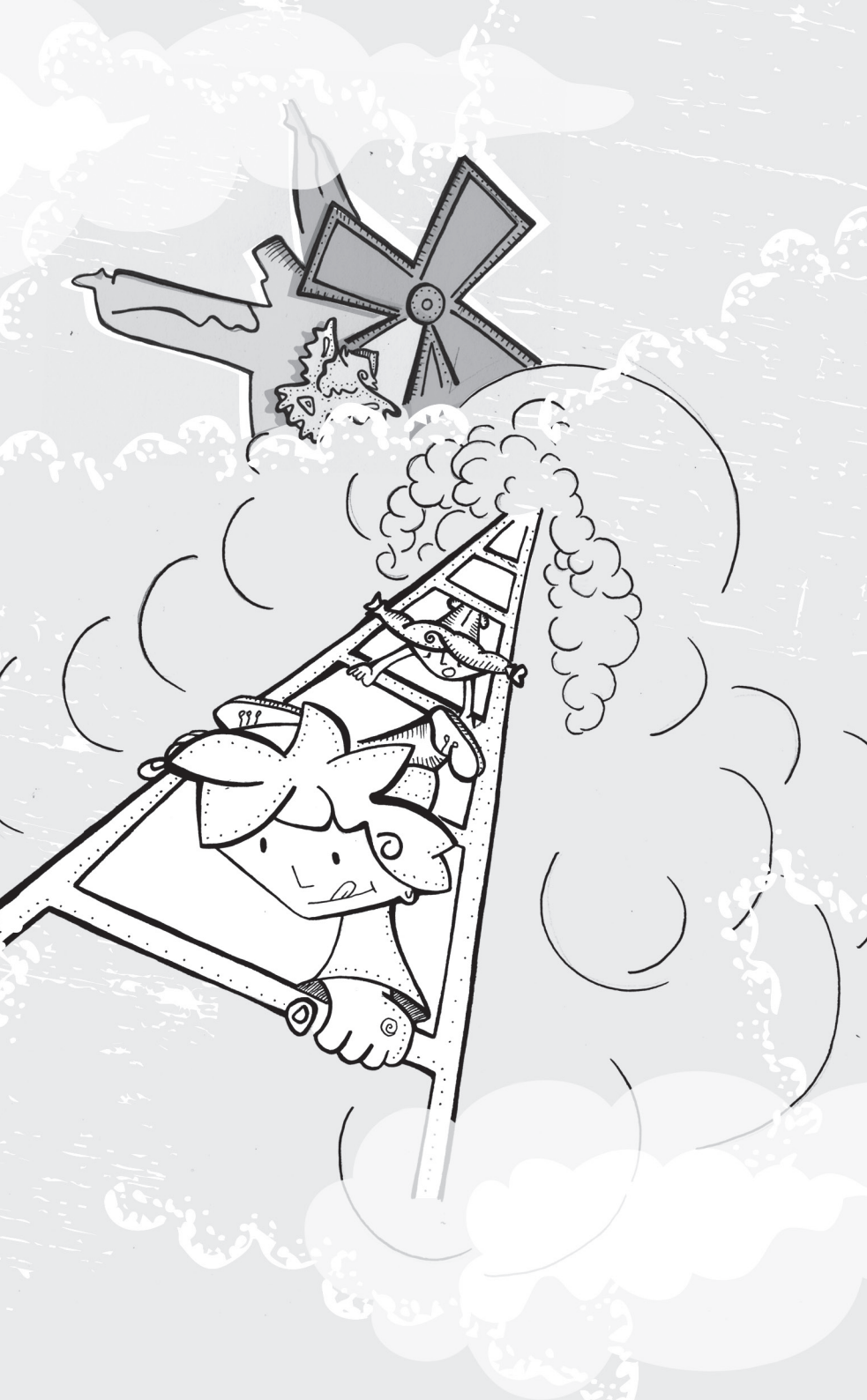
–No, tengo que realizar los últimos cálculos, no podemos fallar, con un minuto de diferencia la puerta no se va a abrir, capiscono, bambini?

–¿Qué dijo tu tía?– preguntó Nico revoleando el pañuelo rojo.

–Dijo: “¿Entendieron niños?”.

Tía Mecha miró por la ventana, se notaba que hacía frío por los vidrios empañados, la luna estaba tomando un color diferente y una lechuza se paró en su ventana...

–Llegaste, amiga, todo un año sin verte– dijo Mecha acariciando al ave–. Niños, es hora de que se vayan, tengo algo que hacer. Nos vemos exactamente en una hora.



Capítulo VI

En víspera de la aventura

La noche pintaba fría aunque una luna muy luminosa coronaba los árboles casi sin hojas. Javi y Nico estaban prontos, ya habían guardado las últimas cosas en las mochilas, sabían que tía Mecha sólo les dejaba llevar lo necesario en cada aventura.

–Nico, otra vez con tus cosas saladitas, la última vez casi te quedás atascado por sentirte mal, no embromes.

–Bueno... es un vicio, sólo una, ¿sí?
Javi movió la cabeza en forma negativa y señaló el pote de basura.
Nico tomó la bolsa como una pelota de básquet y... ¡encestó!
Los dos amigos marcharon hacia el lugar indicado. Mientras iban por el camino, vieron que encima de ellos volaban dos lechuzas, una igualita a la que había visitado a su tía Mecha y la otra...

–Hola, llegaron un poco retrasados, hace rato que estamos acá muertas de frío.

–Bueno, nena, te hubieras abrigado... ¡flojita!– respondió Javi a Leti. Los cuatro niños estaban hablando de espaldas al payaso de la casa de fiestas, cuando de golpe aparecieron tía Mecha y la lechuza.

–¿Cómo apareciste? No te sentimos llegar, tía– dijo Javi mirando a la lechuza–, últimamente siempre te acompaña, ¿cómo era que se llamaba?

–Ginna, se llama Ginna, ella es parte de cada aventura desde hace mucho tiempo.

–Los dientes me están rechinando– dijo Nico–, todavía no sabemos cuál es nuestra misión.

–Creo que es hora de que sepan antes de entrar a la escalera del tiempo que se abrirá exactamente a las 22.30. Según dijo mi padre, escuchó comentar a uno de los hermanos Guido, dueños del viejo molino de harina para fainá, que en Italia un mal hombre había realizado un conjuro donde anunciaba que en agosto del año 2013, la famosa receta inventada por los hermanos

desaparecería, creándose así un verdadero caos.

–¿Pero eso por qué, una especie de magia?– preguntó Nico haciendo crujir los dientes.

–Algo por el estilo, era Giuseppe Malatesta, acostumbrado a vender “comida chatarra”. Ante el éxito de los hermanos Guido con su receta de una comida sana, no tuvo otra ocurrencia que realizar un conjuro.

–No entiendo, ¿qué tenemos que hacer nosotros, tía?– preguntó Javi mientras le cerraba la boca a Nico.

–Tenemos que descubrir en qué parte del molino ocultó Giuseppe Malatesta el conjuro, y destruirlo antes de la fecha que pronosticó.

–Si los hermanos Guido sabían esto, ¿por qué no hicieron algo?– preguntó Nati mirando el bolso de la tía Mecha, que parecía moverse solo.

–Porque se enteraron mucho tiempo después de que el molino fuera abandonado. Sólo uno de los Guido le confió a mi padre este secreto.

–El abuelo lo supo todos estos años... por eso sabe tanto del fainá y sus beneficios.

–Sincronicen los celulares con la fecha de agosto/1915– tía Mecha miró a cada uno de los pequeños aventureros.

Todos asintieron con la cabeza mientras miraban que la luna se ponía de un color extraño... ya eran las 22.25.

–¡Miren! Se está formando una nube en forma de... en forma de...

–... de gigante!– terminó la frase Leti.

–Es el gigante del molino, su guardián– comentó Mecha.

–Ahhhh... ¿Fantasmas?– retrocedió Nico.

–No, Nico, guardián, cuando aparezcan las escaleras hay que subir rápido sin mirar hacia abajo, ¿entendieron?

La nube se puso de color violeta tapando a la luna, dejando ver levemente la imagen de un viejo molino.

–¡Ahora!– gritó tía Mecha– Suban.

–¿Adónde? No veo nada– respondió Leti.

–Hagan como si subieran una escalera y estará ahí, rápido, que el guardián no se dé cuenta– dijo tía Mecha.

Javi comenzó a subir y así los otros...

–Wooooooooow... son escalones y... y... y nos van corriendo, van desapareciendo debajo.
¡Corran chiquilines!– gritó Leti.

–Les dije que no miraran para abajo, vamos rápido, es el gigante que los va haciendo desaparecer, ya nos vio.

Ginna se puso a revolotear alrededor del gigante para distraerlo y darles tiempo a los aventureros.

–Javi, Javi... ayudame, ¡me caigoooooooooo!
Javi retrocedió un escalón y tomó del brazo a Nati, mientras veían cómo desaparecía toda la escalera, quedando debajo un oscuro abismo.

–Gracias, Javi– dijo Nati abrazándolo.

–Bueno... ya está, podés soltar, no fue nada, nena. Todos llegaron a lo que supuestamente era la antigua entrada al molino, el guardián había sido burlado y Ginna estaba de regreso.



Capítulo VII

El gran pasadizo

–¿Asustados?... no pasa nada, Ginna nos va a guiar hacia la próxima entrada.

–Yo ni un poquito de miedo, me pongo más nervioso cuando me meten un gol– comentó Nico temblando.

–Andá, “Abreu”, te tengo las piernas así no te tiemblan. Jajajaja.

–No seas malo, Javi– dijo Nati–, él me ayudó a subir.

A Nico se le formó una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Qué está pasando tía, el piso se está moviendo o ese muro se está acercando?

–Pasen, pasen, “andiamo, andiamo bambini”
–rió la tía.

El muro comenzó a acercarse cada vez más rápido hasta tenerlo encima.

–¡Woouooooooooow! –gritaron los cuatro a la vez. Se cubrieron las cabezas intuitivamente, como para atajar el golpe.

–¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaaaa!– retumbó por todo el espacio.

Atravesaron el muro como por una pared de algodón, mientras empezaban a transitar en una especie de pasadizo totalmente oscuro, donde se escuchaban ruidos de máquinas y algunas voces.

–¿De quién es esa mano, de quién es esa mano? “Faináfainá, faináfainá”– repetía Nico .

–Es mía y la preciso, soltala... ¡ya!– respondió Javi, un tanto agitado por el entorno.

–Algo me está tocando la espalda... ¡tía Mechaaaaaaaaa!– gritó Nati, tratando de correr, pero sus pies no podían.

–Ah... ¿es tu espalda?, soy yo Leti, esto parece el tren fantasma.

–Miren a lo lejos se ve un punto de luz, esto tiene salida a alguna parte– dijo Javi. En ese momento ninguno pensó que la única en no responder era la tía Mecha.

De pronto el pasadizo se convirtió en una vertiginosa bajada hacia aquel hueco de luz.

–Ay... nooooooooooooooooooooo, perdí la mochila– dijo Nico.

–Parece un tobogán gigante, estén atentos a la caídaaaaaaaaa...

–Javi, Javi, no te separes de nosotras, prometo no llamarte al celular por un año– dijo Leti mientras comenzaba a ver cómo Nati pasaba delante de ella.

–¡Jua jua! Esto es genial, genial– dijo Nico mientras perdía también una zapatilla.

De a uno fueron pasando por la apertura redonda a gran velocidad y cayendo vertiginosamente. Cuando los cuatro aterrizaron, se encontraron con la mirada de tía Mecha muerta de risa y, a su lado, Ginna.

–Bueno... qué les costó, no pasa nada, ¿verdad Ginna?

La lechuza parecía entender, de hecho comprendía muy bien, revoloteó en círculos un rato y se posó en el hombro de tía Mecha.

–¿Dónde te habías metido? No viniste con nosotros, por algo estás acá... Tía, ¿hay algo más que tenemos que saber?– preguntó Javi mientras atajaba la mochila de Nico que venía cayendo.

–Sólo lo que les dije, nuestra misión es no dejar que se lleve a cabo el conjuro de Giuseppe Malatesta.

–Ah... tomá tu zapatilla, Nico, les dije que trajeran ropa adecuada. Estos chiquilines... – murmuró Mecha.

Estaban en medio de lo que parecía ser el centro del viejo molino, se veían algunas máquinas, todo parecía en orden.

–No sé si se dieron cuenta de que estamos en otra dimensión, algo así como un mundo paralelo. Por eso todo parece estar como hace años.

–Es como si estuviera suspendido en el tiempo– comentó Nati, mirando algo espantada la cara de Nico que parecía salido de una película de terror.

–Sí... parece que estoy un poco sucio, despeinado, se me rompió el pantalón. ¿Por qué todo me pasa a mí?

–Porque sos un salamín, Nico– dijo Javi dándole una palmada en la espalda llena de polvo.

–Les voy a dar estas prendas para que se pongan– dijo tía Mecha sacando de su mochila pañuelos rojos, blusas blancas y unas boinas. Sólo para Javi y Nico, ustedes ya verán, chicas. Todos se miraron pero sin decir palabra se vistieron rápidamente.

–Ahora, recién va a comenzar nuestra hazaña, formen un círculo, tómense las manos y repitan:
“Il vento, la terra, el sole e la luna, incoronassero la nostra nuova avventura”, ¿capiscono bambini?– se rió irónicamente tía Mecha.

–Essi non capiscono italiano– respondió Javi también riéndose.

–Okey, okey– dijo Nico levantando los hombros y mirando a las chiquilinas.

–Mi tía dijo: “El viento, la tierra, el sol y la luna coronarán nuestra nueva avventura. ¿Entendieron, niños?”– dijo Javi–. Yo respondí: “Ellos no entienden italiano”.

–Si... bueno, dale, vamos a lo nuestro Leonardo da Vinci– dijo medio enojada Leti.
En el centro de todos había una especie de rueda de madera con manijas, en el medio un reloj.

–Comiencen a dar vuelta la rueda, que gire cada vez más rápido, no miren al centro– dijo Mecha comenzando a moverla.

–Uy... que pesa esta cosa y no tengo nada para comer, así podría tener más fuerza– comentó Nico.

–Dale, nene, dale dejá de pensar en esas cosas saladas, yo me comería un pedazo de fainá crocante, al estar acá parece que siento ese aroma –respondió Javi mientras hacía girar la rueda más rápido.

–Más rápido, bambini, más rápido– dijo tía Mecha mientras Ginna revoloteaba en sentido contrario.



Capítulo VIII

Javi y Nico “fainaseros”

En un momento la rueda comenzó a girar tan rápido que no se veían las manos. Los pies comenzaron a despegarse del piso y la rueda empezó a desplegar rayos de distintos colores que iban inundando el lugar.

–Me mareo, me mareooooooooo...

–Callate Nicoooooooooooooo...

Todos cerraron los ojos para no marearse, fue entonces que empezaron a escuchar voces muy cerca de ellos.

–¡Fainá fainá, ricco il fainá!

Cuando abrieron los ojos, estaban en medio de una plaza, la gente vestía ropa de la época del 900. Pasaban por al lado de ellos como si fueran uno más. Reconocían la plaza, estaban en la llamada Ciudad Vieja de Montevideo; divisaban la Iglesia Matriz, entre otras cosas conocidas.

–Pronto, a trabajar que las personas esperan por nuestro fainá– dijo un señor poniendo en cada bandeja el sabroso producto.

–Tía Mecha, y ahora ¿qué hacemos?– preguntó nervioso Nico.

–Miren y hagan lo mismo que los “fainaseros”– respondió mirando a lo alto del campanario de la Iglesia donde estaba posada Ginna.

Tía Mecha no tenía el atuendo de los “fainaseros”, ella vestía como una dama de la época, tampoco las chiquilinas, sólo Javi y Nico con sus camisas blancas, pañuelos rojos al cuello y un gorro.

–¡Fainá, fainá, sabroso el fainá!– pregonaba un joven mientras desplegaba una mesita en una esquina.

–¿Está diciendo nuestro código, hay algún peligro?– susurró Nico.

–No, troncomóvil, así se vendía el fainá antes. Se supone que nosotros también somos “fainaseros”

–¿Ustedes son nuevos?– preguntó uno de los jóvenes– Yo comencé hace poco, don Guido me dio trabajo cuando llegué de Italia.

–Sí, comenzamos hoy, nosotros somos de acá nomás, ¿verdad Javi?

–Me llamo Lorenzo Malatesta, mi padre quedó en Liguria, él también vendía, pero otro tipo de comida, al enterarse de la receta de los Guido con un alimento sin aditivos... Los hermanos Guido han sido muy buenos, porque mi padre, Giuseppe, los maldijo.

–¡Malatesta!– dijeron los dos amigos al mismo tiempo.

–Pero... ¿qué fue lo que dijo o hizo?– preguntó Nico mientras se comía un trozo de fainá.

– Ah... ¡io non lei, io non lei niente, a domani amici!– dijo Lorenzo con cara desencajada.

–Traducí, Da Vinci.

–Nico, primero dejá de comer que el fainá es para vender... dijo: “Yo no sé nada, yo no sé nada, hasta mañana amigos”.

–Joven, ¿podría vendernos una porción de fainá a mis hijas y a mí?

–Sí, sí, claro– respondió Javi.

Al levantar la cabeza vio que era su tía Mecha con Nati y Leti.

–Mejor que no te rías de nosotras, así se vestían las niñas en esa época– se apresuró a decir Leti.

–Aunque la mona se vista de seda...– se rió Nico mientras terminaba con el último bocado de fainá.

–Tía, estuvimos con el hijo de Malatesta, su padre quedó en Italia y según parece, algo sabe de una maldición. Estaba muy nervioso cuando le preguntamos.

–Eso, ¡brillante, sobri!– respondió la tía mientras hacía un chasquido con los dedos aprobando. Ustedes traten de seguir a ese joven para ver dónde vive. Las chiquilinas y yo vamos hacia el molino de los Guido.

Casi todos los “fainaseros” eran inmigrantes, jóvenes que habían venido a “hacer” la América, como le decían, probar suerte.

–¡Lorenzo, Lorenzo!– corrieron Javi y Nico mientras la gente se apartaba de ellos.

–¿Ma che passa, per che mi siguonno? io non lei niente.

–Sí... ya sé, no entendés. Dijo “pero qué pasa, por qué me siguen, yo no sé nada”– dijo Javi casi sin aire por la corrida.

–¿Sabés español, Lorenzo? No te vamos a hacer nada, sólo queremos saber dónde vivís, nosotros venimos del campo.

–Sí, algo de español sé, perdoná, creí que me seguían por lo que dije de la maldición de mi padre. Mucha gente piensa que es cierto, hasta los hermanos Guido.

Ya casi sin aliento, Javi y Nico pudieron seguir el paso de Lorenzo.

–Aquí vivo, junto con mi madre y mi pequeño hermano, yo me gano la vida vendiendo fainá y ayudo a mi familia. Lo de mi padre... bueno, eso ya no importa mucho.

–Sí que importa, claro que...

–No te preocupes, no vinimos por eso– dijo Javi dándole un codazo a Nico que quedó sin aire–. Estamos prácticamente solos con mi hermano Nico, venimos del campo y también don Guido nos dio empleo, el menor de ellos.

–Son buena gente, muy queridos en mi querida Italia. Hicieron una receta especial de “farinata” o fainá acá. Pero muchos no soportaron su éxito aunque no eran de su rubro, como mi padre– dijo Lorenzo, compartiendo un trozo de pan con queso.

Mientras tanto, Mecha y las chiquilinas estaban cerca del Molino. Con el pretexto de mostrarles a las niñas cómo se hacía el fainá que llegaba al colegio, las dejaron pasar.



Capítulo IX

Los hermanos Guido

Delante del Molino había una especie de pequeña oficina, un joven con acento italiano les dio la bienvenida. Las tres observaron que había fotos de la familia Guido. Personas ancianas con niños, seguramente abuelos o padres de los hermanos.

Nadie sabía muy bien cuántos de la familia habían llegado a Montevideo.

–Avanti, ¿cómo están? ¿Vienen a buscar algo del Molino o sólo a recorrerlo? ¿Ustedes son del colegio donde enviamos nuestro fainá, no?– preguntó un simpático joven.

–Sí, somos del colegio y con las niñas quisimos pasar a agradecer a los señores Guido por su gran hospitalidad. ¿Será posible que podamos verlos?, las niñas tienen un obsequio para ellos– respondió Mecha.

–Claro, claro, sperì un momento donna, ya lo llamo.

Pronto apareció un hombre con una gran sonrisa, un pañuelo al cuello y una boina. Se dirigía a las niñas como si las conociera, hasta le acarició la mejilla a Nati.

–Buon giorno, sono uno dei fratelli Guido, il ma giovani. Disculpe, soy uno de los hermanos Guido, el más joven.

–Mucho gusto, soy la directora del colegio donde envían fainá todos los días, es un riquísimo alimento para los niños. Natalia y Leticia quieren obsequiarle estos dibujos y les gustaría mucho que usted y su hermano puedan aceptarlo– dijo la supuesta directora María de las Mercedes.

–Claro, molto grazie, qué bellos dibujos, mi hermano está dentro del molino. Vengan por favor, así lo conocen también.

Todos ingresaron al molino, mucha gente trabajaba en él moliendo garbanzo para hacer harina de fainá y otros productos. Entre ellos se encontraba un hombre robusto, de piel quemada por el sol, con unos ojos color de cielo y estaba apoyado en una rueda de madera con manijas, en el medio se veía un reloj de arena.

En su mirada se podía ver su generosidad, pero también cierta tristeza o preocupación.

–Eh... fratello, mira qué hermosas niñas. Nos han traído un regalo, les gusta nuestro fainá –dijo el primero de los Guido.

–Ma che bello, ¿cómo te llamas, bambina? –dijo tomando el dibujo.

–Me llamo Natalia, señor Guido, gracias por el fainá que nos envía al colegio, esto es para usted.

–Los niños del colegio quisieran tener un recuerdo de ustedes, ¿podría ser que pusieran las marcas de sus manos en este papel?– dijo Mecha acercándoles un poco de tinta.

Los dos hermanos aceptaron pintar sus dedos, sin dejar de sonreír, y estamparon sus huellas. A pocas cuadradas, todavía estaban Javi y Nico con Lorenzo, a esa altura ya casi eran amigos, se habían contado sus vidas, claro no reales por parte de los aventureros.

–Fue así que mi padre hizo un conjuro para maldecir a todo lo que hicieran los hermanos Guido, especialmente... el fainá– dijo Lorenzo con cara de tristeza.

–Pero habrá algo para romperlo, supongo, Lorenzo– dijo Javi mirando de reojo su celular que estaba vibrando: “Ya tenemos las huellas de los Guido”, tía Mecha.

–Se supone que va a suceder en el 2013, faltando dos años para cumplir el siglo de inauguración. Estamos en 1915, falta mucho, además no sé si será cierto– respondió Lorenzo–. Está escrito que sólo con las huellas de ambos hermanos expuestas cuando se haga la luna nueva de agosto y diciendo ciertas palabras, el conjuro perderá su fuerza.

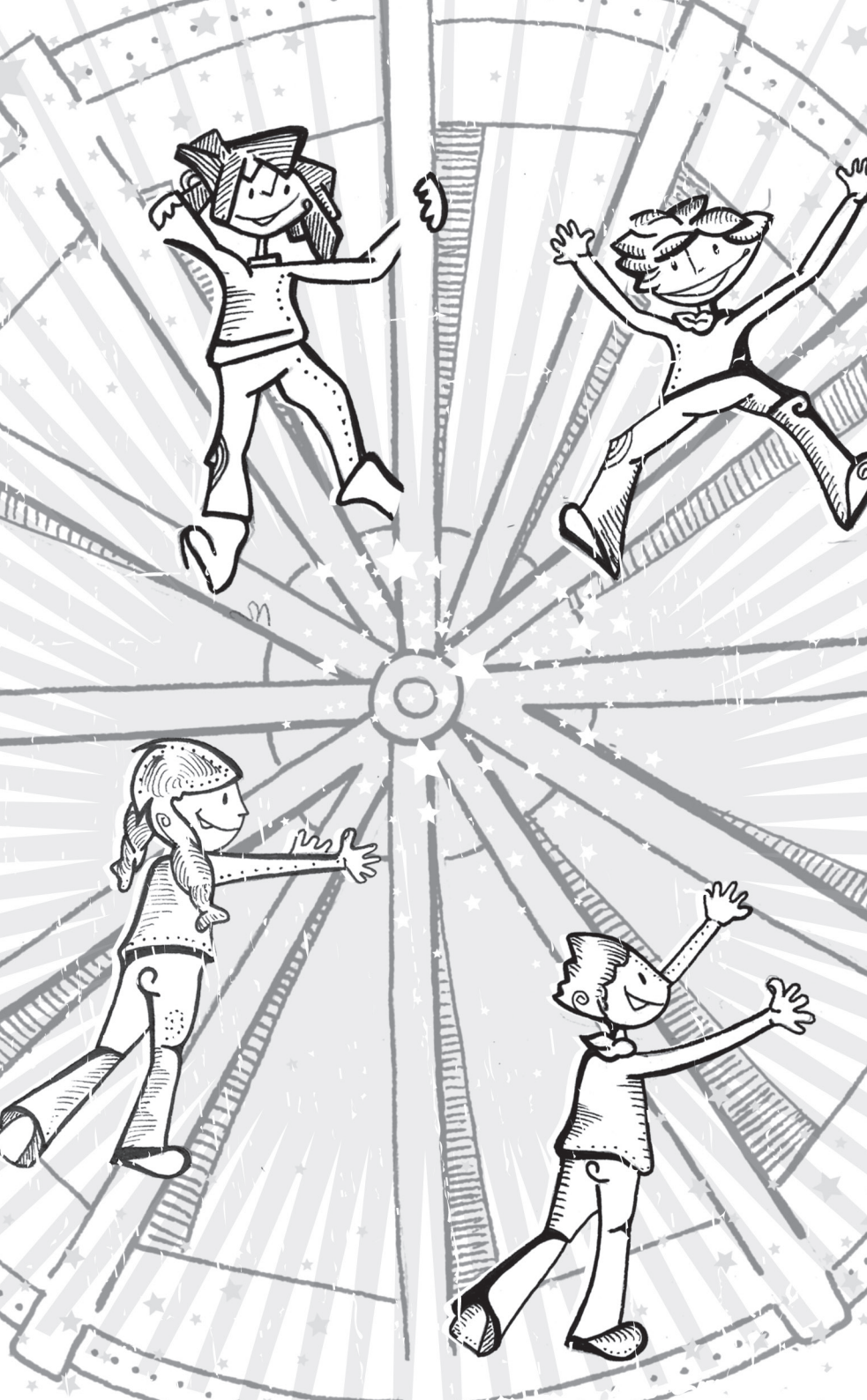
–Bueno, ¿qué pasaría si no se rompe el conjuro?– preguntó Nico comiendo otro pedazo de queso.

–Lamentablemente, a fines de agosto de 2013, la receta de fainá de los hermanos Guido desaparecerá, ya nadie podrá hacerla aunque la sepan de memoria. La harina se afectará y nunca será igual.

–Pero que salió perverso tu padre, che– dijo Nico. –¿Che cucia dice?, non capisco, amico– dijo Lorenzo parándose de golpe.

–Que todo tiene un reverso, eso dije. ¿Qué entendiste, Lorenzo?

–Tenemos que irnos, mañana nos vemos. Domani Lorenzo e molto grazie per la comida – dijo Javi.



Capítulo X

El secreto del conjuro

Los tres se despidieron y al salir Javi tomó su celular enviando un mensaje a su tía: “Ya tenemos la solución para el conjuro, ¿dónde nos reunimos?”. Su tía le respondió que se veían en treinta minutos detrás de la Catedral de la Iglesia Matriz, ellas tenían que tomar el tranvía para llegar.

–Tía Mecha, tía Mecha... estamos acá, ya sabemos lo que hacer– dijo Javi.

–Nosotras tenemos las huellas de los hermanos Guido– dijo Nati–, qué emoción sentí al estar con ellos...

–Pero... ¿cómo sabían lo de las huellas si nosotros no les dijimos nada?– preguntó sorprendido Nico.

–Ah... secretos de Ginna y míos, ya sabrán el porqué. Pero ahora nos tenemos que preparar para romper el conjuro, ya no queda mucho tiempo. Tenemos que estar en la rueda que vimos al entrar al molino, donde hoy estaba uno de los hermanos. En ese lugar está escrito el conjuro en italiano, seguramente dentro del reloj, escondido por Malatesta cuando se venían los hermanos.

Los niños no podían disimular los nervios y a Nico le vinieron ganas de comer un trozo de queso que se había guardado en el bolsillo.

–¡Miren, chiquilines, la luna está saliendo! El papel con las huellas tiene que estar expuesto a los rayos de la luna que entren por el vidrio del molino y dé justo en la rueda que tiene el reloj. Había un guardia cuidando el molino por si entraban bandidos, pero Ginna se encargó de distraer su atención para que pudieran entrar.

–Vamos rápido, el papel con las huellas, Natalia, lo tenés vos– dijo Mecha–. Javi tomó el reloj, fijate si hay algo dentro, un papel o alguna inscripción.

–No, no hay nada, tía, ¿qué hacemos ahora? Pero al ir pasando la arena, quedó en descubierto algo.

–Mirá Javi, mirá– dijo Nico–, hay unas letras contra el vidrio.

–“Tutto quello che fratelli tocchino si tranformera in sale puro, a finale di agosto di 2013, per cento volte cento”. “Todo lo que los hermanos toquen se transformará en sal pura a finales de agosto de 2013, por cien veces cien”.– leyó Mecha.

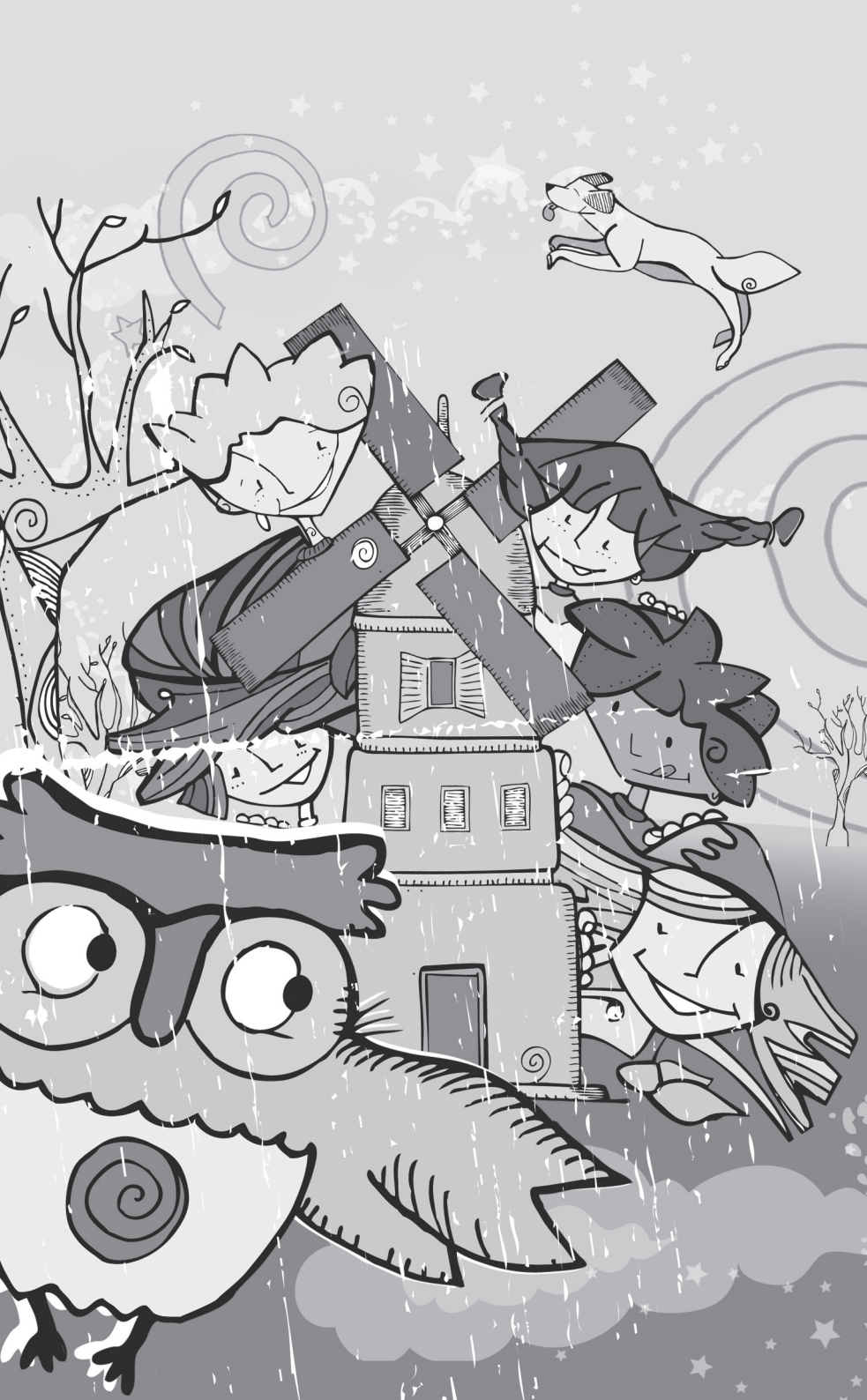
–Chiquilines, rápido, todos a colocarse como la primera vez en la rueda. Javi poné el papel con las huellas encima del reloj, ya está por entrar el primer rayo de luna. No tengan miedo... no pasa nada.

Así fue que el rayo de luna entró por el vidrio y Mecha comenzó a leer el conjuro en italiano. Ante la mirada atenta de los niños, la rueda comenzó a girar cada vez más rápido y el papel se iba desintegrando.

Los chiquilines comenzaron a sentirse en el aire nuevamente, como la primera vez, y pasaron el muro. Ya sin miedo, pero ocurrió que los escalones ya no estaban.

¿Habrían quedado atrapados en el tiempo? La tía Mecha comenzó a girar en el mismo lugar hasta convertirse en...una hermosa lechuza blanca.

–Noooooooo... te puedo creer– dijo Javi.



Capítulo XI

El gran día.

–Buenas tardes, gente, llegamos...

–Hola Mecha, los esperábamos más tarde. Qué caras de cansados, se ve que la pasaron bien –dijo Miguel.

–Sí, de maravillas, un poco cansados pero... no pasa nada– respondió Javi mirando a su tía.

–Bueno, me imagino que tendrán mucho para contar– dijo el abuelo con la nieta más pequeña en brazos.

Los perros empezaron a saltar como siempre y a husmear el bolso de Mecha, que parecía moverse solo.

–¿Qué les parece si para celebrar que estamos todos juntos nos encargamos unas ricas pizzas con fainá como si fuera un viernes?– dijo Silvia mientras miraba horrorizada lo sucio que venía Javi–. Les voy a avisar a los padres de Leti y Nati.

–De paso decile a Daniel que traiga un buen moscato– dijo el padre de Javi. Daniel era el padre de Nati, familia de bodegueros.

–Bueno... me voy a dar una ducha– dijo Javi–
. Luego tengo que hablar contigo, tía Mecha.

–¿Dijo que se iba a duchar?– preguntó Silvia–
¿qué le diste a tomar a tu sobrino?

Mecha se rió mientras subiendo las escaleras para
ir a su dormitorio le guiñaba un ojo a su padre. El
padre levantó su dedo pulgar en consentimiento.

–Bueno, ya vienen los invitados, adelante –dijo
Silvia.

–Hola chiquilinas, tanto tiempo– se rió la tía
Mecha.

También llegó Nico con sus padres y la hermanita.
Silvia entonces dijo:

–Ya encargué pizza y fainá, como siempre.
Los chiquilines no podían dejar de estar algo
nerviosos. Y si no había surgido efecto lo del
conjuro, ¿quién sería el primero en probarlo?

–A ver que llegó la cena– dijo tía Mecha
mientras sacaba un trozo de fainá del paquete.
Se hizo un gran silencio por parte de los niños...

Tía Mecha iba poniendo unas caras raras, hasta
que dijo:

–¡Delizioso la migliore fainá! Jajaja, a comer,
familia.

Al día siguiente, la tía Mecha se había ido, siempre
lo hacía sin despedirse, decía que era más lindo
para volver.

Javi encontró sobre la cama una carta de su tía y
una pluma blanca.

La carta decía: “Nunca te olvides que lo mejor a
veces está en un simple orillo de fainá”.

Desde ese día, el fainá tomó un sabor especial para
todos los que participaron de la aventura.

Me olvidaba, Leti no cumplió con la promesa de no
llamar a Javi por el celular, pero esta vez a él ya no
le importaba que lo llamara.

EL SECRETO
DEL MOLINO

UNA OBRA DE MOLINO GUIDO

Un secreto guardado por muchos años en el antiguo Molino es el punto de partida para una nueva aventura para Javi y sus amigos. La tía de Javi Mecha, joven misteriosa e inquieta, solicita la ayuda del grupo para descifrar el secreto.

Los distintos mensajes, los llevarán a recorrer en el tiempo momentos inquietantes para impedir el cometido fatal de Giuseppe Malatesta. Tendrán que ganarle al tiempo en un mundo desconocido donde podrían quedar atrapados en él.



MOLINOGUIDO

Desde 1915 pioneros del faïence

General Flores 3127 - Tel.: 2203 5247*

www.molinoguido.com.uy

seguinos en 